

y demasiado comprendes que no voy á reembolsar esa suma á Walter. No hay nada que pagar por el momento. Si el asunto sale bien habrás ganado setenta mil francos : si no da resultado me deberás diez mil francos que me pagarás luego á tu gusto.

— No, no me gusta esa clase de combinaciones, respondió todavía Duroy.

Ella empleó razonamientos para decidirle, probando que realmente comprometía diez mil francos bajo su palabra, que por consecuencia corría riesgos y que ella no le adelantaba nada, puesto que los desembolsos se hacían por la Banca Walter.

Además le demostró que él era quien en *La Vida Francesa* había hecho toda la campaña política que hacía posible aquel negocio, y que sería cándido de sobra al no aprovecharse de la ocasión.

Duroy vacilaba siempre.

— Pero piensa, repetía la señora, en que quien realmente te adelanta esos diez mil francos es Walter, y en que tú le has prestado servicios que valen mucho más que eso.

— Está bien. Sea como tú quieres, dijo el periodista. Yo llevo la mitad contigo, y si perdemos, te reembolsaré diez mil francos.

Tanto la llenó de júbilo la resolución de Du Roy que se levantó, tomó con las dos manos la cabeza del joven y se puso á besarle con avaricia.

Él no se defendió al principio, pero como quiera que se animaba abrazándole y devorándole á caricias, el periodista pensó en que la otra estaba casi á punto de llegar y que si ahora tenía la debilidad de ceder perdería tiempo y dejaría en brazos de la vieja un ardor que valía más reservar para la joven.

— Vamos, estate quietecita, mujer, dijo rechazándola suavemente.

M^{me} Walter le miró con ojos desolados :

— ¡Oh ! ¡Jorge ! ni siquiera puedo besarte...

— No, hoy, no. Tengo un poco de jaqueca y eso me haría mal.

Ella se volvió á sentar entonces, dócilmente, entre sus piernas.

— Di, ¿quieres venir mañana á comer á casa? preguntó M^{me} Walter.

Du Roy vaciló un instante, pero no se atrevió á rehusar.

— Ciertamente que sí.

— Gracias, querido mío.

Satisfecha y feliz se puso á rozar lentamente su mejilla sobre el pecho del joven con un movimiento zalamero y acompasado, hasta que uno de sus largos cabellos negros se prendió en el chaleco. M^{me} Walter se advirtió de ello y una idea singularmente loca la cruzó entonces por la imaginación, una de esas ideas supersticiosas que son con frecuencia toda la razón de las mujeres. Con la mayor suavidad enrolló aquel cabello al rededor de un botón, luego ató otro al botón siguiente y concluyó por hacer lo mismo con el de encima. Á cada botón anudaba uno de sus cabellos.

Ahora cuando él tratara de levantarse se los iba á arrancar y la haría daño. ¡Qué felicidad para ella ! pero además el querido amante se llevaría sin darse cuenta algo de lo que á ella pertenecía, un mechoncito de sus cabellos que nunca le había pedido. Aquello sería un lazo mediante el cual le tendría ligado, un lazo secreto, invisible, un talismán que dejaba sobre él. Sin quererlo Jorge pensaría en ella, soñaría con ella, la amaría un poco al día siguiente.

El periodista la dijo de pronto :

— Va á ser preciso que te deje porque se me espera en la Cámara para el fin de la sesión y no puedo faltar hoy.



— ¡Oh! ¡ay! suspiró M^{me} Walter, pero resignándose luego añadió:

— Bueno, vete, querido mío, pero mañana irás á comer.

Y bruscamente se desprendió de él, lo cual la arrancó un dolor corto y vivo en la cabeza como si la hubieran picado la piel con agujas. Su corazón palpitaba

de gozo, estaba contenta de haber sufrido algo por causa de él.

— ¡Adiós! dijo la señora.

Du Roy la tomó en sus brazos sonriendo compasivamente y la besó con frialdad en los ojos.

Enloquecida por aquel contacto, la señora murmuró todavía : ¡ Ya !

Y al mismo tiempo mostraba con mirada suplicante la alcoba cuya puerta estaba en aquel momento abiertas.

Du Roy alejó de sí á M^{me} Walter y dijo con tono de apresuramiento :

— Es preciso que me marche, de otro modo voy á llegar con retraso.

La señora entonces le presentó los labios, que apenas si él rozó con los suyos, y como el periodista notara que ella se dejaba la sombrilla olvidada, se la entregó al mismo tiempo que insistía :

— Vamos, vamos, que son más de las tres.

La dama salió antes que él :

— Mañana á las siete, repetía.

— Mañana á las siete respondió Jorge.

Y una vez en la puerta, ella echó hacia la derecha y él hacia la izquierda.

Du Roy subió hasta el bulevar exterior y luego volvió á bajar muy despacito el bulevar Malesherbes. Al pasar por delante de una pastelería vió castañas confitadas en una gran copa de cristal y, pensando en Clotilde á quien gustaban con locura aquellos frutos azucarados, compró una libra.

Á las cuatro estaba de vuelta en la casa para esperar á su joven querida.

Clotilde llegó aquel día con algún retraso á causa de que su marido había llegado para permanecer ocho días en París :

— ¿Puedes venir á comer mañana? Se alegrará mucho de verte.

— No, comeré en casa del director. Tenemos una porción de combinaciones políticas y financieras que nos ocupan en estos momentos.

Clotilde habíase quitado el sombrero y ahora estaba ocupada en quitarse el corpiño que la estrechaba demasiado.

Du Roy le mostró el saco de castañas confitadas sobre la chimenea.

— ¡Qué felicidad! dijo ella batiendo las manos de contento. ¡Qué monino eres!

Y después de probar una castaña, le parecieron deliciosas:

— Se me antoja que voy á dar fin de ellas.

Luego miró á Jorge con una especie de alegría sensual:

— ¿Tú, por lo visto, te has propuesto acariciar todos mis vicios?

Clotilde comía lentamente del saco de castañas confitadas, y sin cesar echaba una mirada al fondo como para ver si aun quedaban algunas.

— Mira, siéntate en la butaca, dijo la joven, y me acurrucaré entre tus piernas para comer los bombones. Estaré muy bien.

Du Roy sonrió, se sentó y la tomó entre sus muslos lo mismo que poco antes tenía á M^{me} Walter.

Clotilde levantaba hacia él la cabeza para hablarle y con la boca llena le decía:

— ¿No sabes, querido mío? He soñado contigo y los dos hacíamos un gran viaje sobre un camello, que tenía dos jorobas. Cada uno de nosotros iba á caballo sobre una y así llegamos á atravesar el desierto. En un paquete llevábamos emparedados como merienda y vino en una botella, y sobre las jorobas del camello hacíamos nuestras comiditas. Pero todo esto llegaba á fastidiarme porque no podíamos hacer otra cosa. Estábamos muy lejos uno de otro y yo quería bajarme.

— Yo también quiero bajarme, respondió Du Roy, el cual se divertía mucho con aquella historia y excitaba á su amiga á que dijera tonterías, á que charlase y refiriese todas esas niñerías y bobadas llenas de ternura

que se dicen los enamorados. Todas aquellas pillerías que en boca de M^{me} de Marelle le parecían graciosísimas, en boca de M^{me} Walter le habrían exasperado.

También Clotilde le llamaba: «Querido mío, nene mío, gatito mío» y esas frases las encontraba agradables y cariñosas. Dichas por la otra le irritaban y le causaban repugnancia, porque las palabras de amor que son siempre las mismas toman el gusto según los labios de donde salen.

Pero sin dejar de divertirse con todas aquellas locuras de Clotilde, pensaba siempre en los setenta mil francos que iba á ganar, y bruscamente interrumpió la cháchara de su amiga dándole dos golpecitos en la cabeza con la punta de los dedos:

— Escucha, gatita mía, voy á encargarte de una comisión para tu marido. Dile de mi parte que compre mañana diez mil francos de empréstito de Marruecos que está á setenta y dos, y yo le prometo que antes de tres meses habrá ganado de sesenta á ochenta mil francos. Recomiéndale un silencio absoluto. Dile de mi parte que la expedición de Tánger está decidida y que el Estado francés va á garantizar la deuda marroquí. Pero que no se te vaya la lengua con nadie más. Es un secreto de Estado lo que te confío.

Clotilde le escuchaba muy seria:

— Te lo agradezco mucho, murmuró. Esta noche misma prevendré á mi marido y puedes contar con él, no dirá una palabra. Es un hombre muy formal y no hay en ello el menor peligro.

Y como ya se había comido todas las castañas, estrujo el saco entre las manos y lo arrojó á la chimenea.

— Ahora vamos á acostarnos, le dijo un momento después. Y sin levantarse comenzó á desabotonar el chaleco de Jorge.

De pronto se detuvo y, tirando con dos dedos de un largo cabello prendido en el ojal, se echó á reír :

— ¡Calla! te has traído un cabello de Magdalena. ¡Eso se llama ser un marido fiel!

Pero poniéndose seria en seguida, examinó detenidamente sobre la mano el imperceptible hilo que se había encontrado y murmuró :

— No es de Magdalena, es un cabello negro.

Du Roy sonrió :

— Probablemente es de la doncella.

Clotilde inspeccionaba el chaleco con una atención de polizonte y recogió un segundo cabello arrollado al rededor de un botón, luego un tercero, y entonces gritó palideciendo y poniéndose temblona :

— ¡Oh! tú has dormido con una mujer que te ha puesto cabellos en todos los botones.

Jorge se extrañaba de aquello y balbuceó :

— No, mujer; tú estás loca.

Al momento cayó en la cuenta, comprendió y, turbándose al principio, negó después riendo, sin disgustarse realmente de que ella le supusiese en buena fortuna con las demás mujeres.

M^{me} de Marelle seguía siempre buscando y siempre encontraba cabellos que desenrollaba rápidamente y arrojaba en seguida al suelo.

Había adivinado todo con su instinto astuto de mujer y furiosa balbuceaba llena de rabia y presta á llorar :

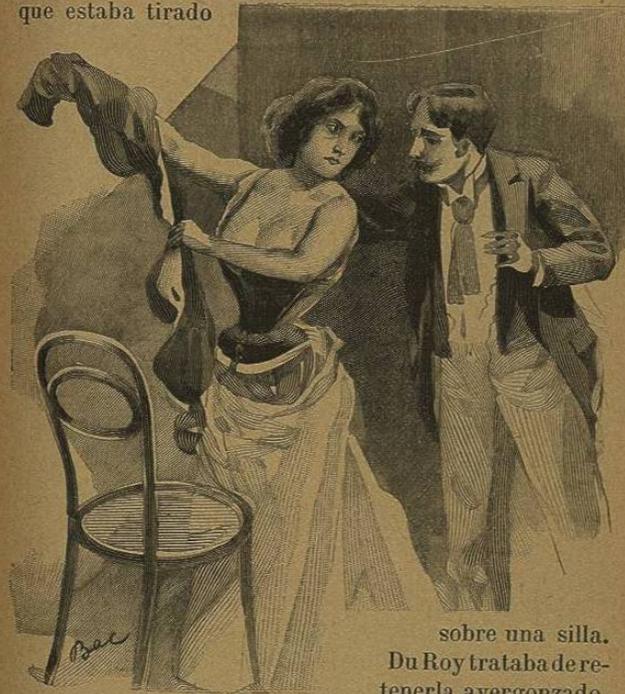
— Esa mujer te ama... y ha querido obligarte á llevar algo de ella... ¡oh! qué falso eres...

Pero entonces lanzó un grito, un grito estridente de alegría nerviosa :

— ¡Oh! es una vieja... aquí tienes una cana... Por lo visto tomas ahora mujeres viejas... ¿Es que te pagan,

di, es que te pagan? ¡Ah, vamos! te das ahora á las viejas... Entonces no tienes necesidad de mí... Guarda, guarda la otra...

Y rápidamente se levantó y corrió á ponerse el corpiño que estaba tirado



sobre una silla.

Du Roy trataba de retenerla avergonzada.

— Pero no... Clo... eres estúpida... no sabes lo que eso es... Escucha... quédate... verás...

— Guarda tu vieja... guárdala, repetía la joven. Encarga que te hagan una sortija con sus cabellos... con sus cabellos blancos... Tendrás todos los que necesites...

Con movimientos bruscos y prontos habíase vuelto á vestir, y como Du Roy al verla con el sombrero puesto y el velo echado quisiera retenerla, ella entonces le lanzó con toda su fuerza una bofetada en pleno rostro, abriendo la puerta y escapándose mientras él permanecía aturdido.

Apenas Du Roy se encontró solo sintió una rabia furiosa contra aquel viejo rocin de M^{me} Walter. ¡La iba á mandar á paseo, pero de qué manera!

Luego se aplicó fomentos de agua clara á la roja mejilla y salió de su casa meditando la venganza. Lo que es esta vez sí que no perdonaba. ¡No faltaba más!

Y bajando hasta el bulevar para hacer tiempo, se detuvo delante de una joyería y contempló un cronómetro del cual tenía antojo desde mucho tiempo y que valía mil ochocientos francos.

De pronto experimentó una sacudida de júbilo y pensó: « Si gano mis setenta mil francos podré bien satisfacer este capricho. » Y se puso á soñar en todo lo que con esa suma podía hacer.

Primeramente se haría elegir diputado, luego compraría el cronómetro, después jugaría á la Bolsa... y después... después...

No quería entrar todavía en la redacción, prefiriendo hablar con Magdalena antes de ver á Walter y de escribir su artículo; así es que se puso en camino de su casa.

Al llegar á la calle de Drouot se detuvo de pronto: habíase olvidado de preguntar por el conde de Vaudrec que vivía en la calle de la Chaussée-d'Antin. Volvió, pues, sobre sus pasos, con la imaginación siempre soñadora, pensando en mil cosas buenas y agradables, en la fortuna próxima, en el crápula de Laroche y en la vieja tiñosa de su directora. No se

inquietaba gran cosa de la cólera de Clotilde, pues sabía bien que le pasaba pronto.

Ya en la portería de la casa que habitaba el conde de Vaudrec preguntó:

— ¿Cómo va Mr. de Vaudrec? he sabido que estaba enfermo estos últimos días.

— Caballero, el señor conde se encuentra muy mal, respondió el hombre. Se cree que no pase la noche, la gota le ha subido al corazón.

Du Roy se impresionó de tal manera con la noticia que no sabía qué hacer. ¡Vaudrec moribundo! Un sinnúmero de ideas confusas, perturbadoras, que él mismo no se atrevía siquiera á declararse, le cruzaron por la mente.

— Muchas gracias... balbuceó; ya volveré.

Y salió sin comprender ni lo que había dicho.

Inmediatamente saltó á un coche de alquiler y se hizo conducir á su casa.

Su mujer había entrado ya. El periodista entró sofocado en la habitación de ella.

— ¿No sabes? la dijo inmediatamente, ¡Vaudrec está muriéndose!

Magdalena estaba sentada y leía una carta. Al oír á su marido levantó la vista y tres veces seguidas repitió:

— ¿Qué dices?... ¿qué dices?... ¿qué dices?

— Pues que Vaudrec está moribundo á causa de un ataque de gota que le ha subido al corazón.

Y á continuación agregó:

— ¿Qué piensas hacer?

Magdalena que se había levantado lívida y con temblor nervioso en las mejillas, se echó á llorar horriblemente, ocultando el rostro entre las manos. Desgarrada de dolor y sacudida por los sollozos permaneció de pie

unos instantes, pero de repente dominó su dolor y exclamó enjugándose los ojos :

— Voy á verle... voy... no te ocupes de mí... no sé á qué hora vendré... no me esperes...

— Está bien, respondió el marido. Vete.

Los dos esposos se estrecharon la mano, y Magdalena salió tan de prisa que se olvidó de tomar los guantes.

Jorge comió solo y, después de comer, se puso á escribir su artículo. El trabajo resultó exactamente ajustado á las intenciones del ministro, dejando entender á los lectores que la expedición de Marruecos no se llevaría á cabo. Lo llevó en seguida á la redacción y, después de hablar algunos instantes con el director, salió del periódico fumando y con el corazón libre y satisfecho por más que no acertase á comprender la causa.

Su mujer no había vuelto todavía, y Du Roy se acostó quedándose muy luego dormido.

Hacia media noche volvió Magdalena. Jorge, que se había despertado bruscamente, la recibió sentado en la cama.

— ¿Qué hay? la preguntó.

Jamás había visto á su mujer tan pálida ni tan emocionada.

— Ha muerto, murmuró ella.

— ¡Ah! ¿Y... no te ha dicho nada?

— Nada. Había ya perdido el conocimiento cuando yo llegué.

Jorge quedó pensativo. Se le ocurrían algunas preguntas que pugnaban por salir de los labios, pero no se atrevía á formularlas.

— Acuéstate, dijo á su mujer.

Magdalena se desnudó rápidamente, se metió en la cama y se deslizó junto á su marido.

— ¿Tenía parientes á la cabecera? preguntó el periodista.

— Un sobrino nada más.

— ¡Ah! ¿Y veía con frecuencia á ese sobrino?

— Jamás. Hacía diez años que no se habían visto.

— ¿Pero tenía otros parientes?

— No... creo que no.

— Entonces... ése sobrino es quien debe heredarle.

— No lo sé.

— ¿Era rico Vaudrec?

— Sí, muy rico.

— ¿Como cuánto tendría poco más ó menos? ¿lo sabes?

— No, exactamente no. Tal vez uno ó dos millones.

Du Roy no dijo más y apagó la bujía. Ambos permanecieron silenciosos, el uno junto al otro, despiertos y meditando.

Jorge no sentía ya ganas de dormir. Ahora le parecían una suma insignificante los setenta mil francos prometidos por M^{me} Walter. De pronto le pareció que Magdalena lloraba y para asegurarse la preguntó :

— ¿Duermes?

— No, respondió ella con la voz como húmeda y temblona.

— Me he olvidado de decirte antes que tu ministro nos ha hecho una mala partida.

— ¿Cómo?

Y Du Roy la refirió entonces con detalles la combinación preparada entre Laroche y Walter.

Así que Jorge concluyó, le preguntó su mujer :

— ¿Y cómo sabes eso?

— Me permitirás, respondió el periodista, que no te lo diga. Tu tienes procedimientos de información en los que yo no penetro. Por mi parte tengo también los

míos sobre los que quiero guardar secreto, pero de lo que sí te respondo es de la exactitud de mis informes.

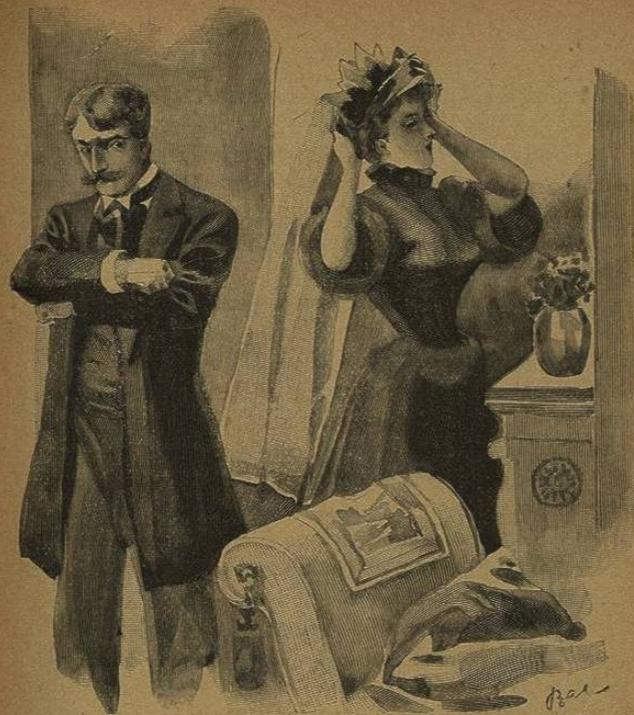
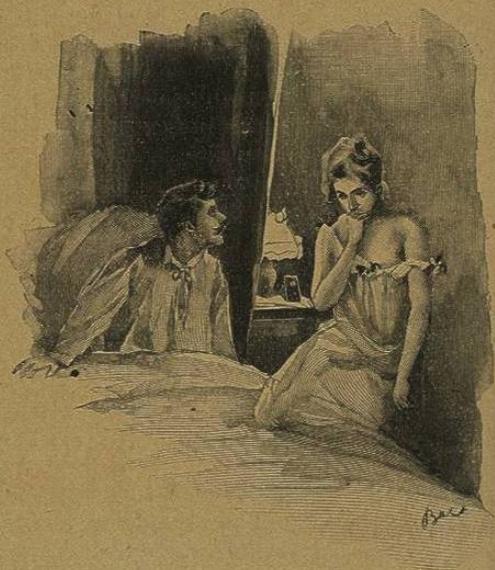
Ella murmuró :

— Es muy posible... Ya me temía yo que hicieran alguna cosa sin nosotros.

Pero Jorge seguía despierto sin que el sueño le solicitase y, acercándose á su mujer, la besó suavemente en la oreja. Magdalena le rechazó con vivacidad.

— Déjame tranquila, te lo ruego. No estoy de humor ahora de hacer niñerías.

El periodista se volvió hacia la pared resignado, y cerrando los ojos, concluyó por quedarse dormido.



VI

Cuantos pasaban por delante de la iglesia, literalmente colgada de negro, y veían el gran escudo de armas rematado por una corona nobiliaria que se ostentaba sobre el frontispicio, sabían que se enterraba á un hidalgo.

La ceremonia acababa de celebrarse y los asistentes desfilaban despacio, antes de retirarse, por delante del ataúd del conde de Vaudrec y por delante del sobrino,